



Pita Amor

Del paraíso al infierno

BEATRIZ ESPEJO

La conocí en una corrida de toros. Estaba en barrera de primera o segunda fila con su característico rizo sobre la frente, ojos redondos y esa implacable blancura que tanto la obsesionaba como muestra de clase social aristocrática.

Todavía recuerdo su traje negro con visón en las mangas y sus joyas elocuentes. Papá me dijo que esa señora tan guapa era una persona interesante para mí. Destacaba como la escritora más famosa de México. Entonces permanecí ajena a cuanto pasaba en el ruedo observando a corta distancia sus movimientos, viéndola reírse con alguna ocurrencia suya o de sus amigos, comentar la faena. ¿La acompañaba José Madrazo, su amante, dueño de una dehesa donde criaba toros bravos para embestir ante el capote? Probablemente. ¿Cómo iba a saberlo? Mi madre la reprochó por sobrevestida, con demasiadas joyas y adornos que no le cuadraban bien a una mujer bajita, y nuevamente atendió la actuación del picador amparándose del sol bajo el ala de su sombrero azul que dejaba entrar una luz tornasolada encima de su melena azabache. Sin embargo quedé metida en mi fascinación hacia esa poeta que por voluntad propia se alimentaba de escándalos. Luego la descubrí en uno de los programas televisivos pioneros en este país. Copié sus gestos, el timbre de su voz sonora que subía y bajaba y llenaba los ámbitos. Leí sus décimas. En cada fiesta escolar, a petición de mis compañeras, se aplaudieron mis imitaciones perfectas. Logré también verdaderas creaciones con las frases golpeadas de María Félix y las melifluas sentencias de algunas monjas a quienes no distinguía con mi afecto.

Y el tiempo que nunca se detiene, no se detuvo. En septiembre de 1959 murió mi padre. Se rasgó la cortina del templo y los candelabros cayeron al suelo como si el campanazo del destino presente y futuro sonara a réquiem. Todo se paró de cabeza y sin embargo el reloj recobró su tictac. En mi cochecito de la época, un Renault descapotable que parecía polvera, vestida de implacable luto, una tarde neblinosa me detuve frente a una panadería cercana a la Avenida de los

Insurgentes para llevar biscochos a mi familia. Enfilada ante la caja me alcanzaron los gritos enloquecidos de alguien que impedía a los dependientes acercarse. Los clientes se alejaban asustados con sus tenazas en la mano y chilindrinas, conchas y duques quedaban en su apetitosa oferta esperando ser escogidos porque aquellos gritos subían de tono en un incontrolable ataque de histeria. Era Pita Amor embarazada de ocho meses. Cargaba canasta, mantilla blanca —en algunos retratos aparece con ella— y charola de pan puntiaguda como volcán a punto de reventar su lava hacia el suelo. Me acerqué con valor a toda prueba y la calmé sabe Dios de qué manera. El efecto de mis palabras resultó instantáneo. Pagué con mis exiguos ahorros domingueros y ofrecí llevarla. No iría a su departamento de Río Duero sino al de Juan José Arreola en Río Elva. Costó trabajo acomodar su cargamento y subirla al automóvil. Por el camino me preguntó una y otra vez si conocía a Luis Antonio Camargo. Lo había visto jugar ajedrez en la Casa del Lago. Era alto, delgado, blanco, sin lo cual no hubiera podido ser padre del hijo que Pita esperaba. Abogado de profesión, con calvicie incipiente, perfil que recordaba a un hipocampo, agudo sentido del humor, prosa esmerada con la que escribió anécdotas sobre los Papas que Arreola publicó en uno de sus Cuadernos del Unicornio, y soltero hasta ese momento pues aún vivía con su hermana y su madre viuda. Oriundas de San Luis Potosí, debieron estar con el Jesús en la boca. Pita me dijo que no necesitaba nada de él ni de su familia. Se bastaba a sí misma para mantenerse.

Juan José no había llegado y tuvimos que esperar. En mi casa seguían horarios estrictos y me derretía por dentro hasta que al filo de las nueve descubrimos la silueta flaquita del maestro acompañado por su hija

Claudia que no se mostró entusiasta con el regalo de la mantilla y la bolsa de pan. Al día siguiente Pita me llamó por teléfono para agradecer mi pequeña ayuda. Le preguntó a mi madre si me permitiría ser su secretaria. Mamá se negó. Yo estudiaba en la Universidad Nacional, necesitaba terminar mi carrera, sufríamos un duelo... Cuando colgó dijo que de ningún modo me dejaría trabajar con una persona tan desprestigiada. Y en honor a la verdad no hice el menor intento para

enloquecido. Empezó su peregrinar insensato, su desconsuelo. La encontré alguna vez y ya no me reconoció o no quiso reconocirme y no aceptó que la llevara hacia donde iba. La descubrí disfrazada de pordiosera vendiendo sonetos por unos cuantos centavos, dando bastonazos a los transeúntes de la Zona Rosa. La atisé en una exposición de retratos suyos. La entrevisté en el Edificio Vizcaya de la calle Bucareli y sus respuestas fueron evasivas. Descubrí

DEJÓ ATRÁS EL PARAÍSO DE LA CELEBRIDAD Y RECORRÍA EL INFIERNO DE LA CULPA POR ROMPER LAS NORMAS CATÓLICAS EN LAS QUE FUE EDUCADA, POR VIVIR SU SEXUALIDAD COMO LE DIO LA GANA, POR HABER SIDO MODELO, POR ASUMIR SU VOCACIÓN, POR NO TENER UN HOGAR BURGUÉS, POR NO PODER SER UNA MADRE CONVENCIONAL.

cambiar esa opinión. Poco después nació el niño. Fui a visitarla. Admiré el buen gusto de su decoración; el retrato colocado cerca de la puerta con un pañuelo en la cabeza que le había hecho Diego Rivera, los muebles de tapices rayados. Parecía contenta. El bebé, un bultito sonrosado, dormía sobre la cama. Me preguntó si advertía los estragos que la preñez había causado en su cuerpo. Yo entonces ignoraba la maternidad, pero la presentía. Le dije que valían la pena unos centímetros de más en su cintura. Me habló de que pensaba darle el niño a su hermana para que lo cuidara en una gran casa con jardín. Se creía incapacitada incluso a la hora de cambiarle los pañales. Le contesté con una lógica recién estrenada que lo pensara bien, me despedí y dejé de frecuentarla.

Dos años después el mundo intelectual supo la tragedia. El niño se había ahogado y Pita había

que padecía la soledad de los reyes pero carecía de su poder. Lo habían intuido sus poemas. No se quejaba y no volvió a llorar. Sustituyó el llanto por un profundo enojo, un enojo sin tregua. Dejó atrás el paraíso de la celebridad y recorría el infierno de la culpa por romper las normas católicas en las que fue educada, por vivir su sexualidad como le dio la gana, por haber sido modelo, por asumir su vocación, por no tener un hogar burgués, por no poder ser una madre convencional. Intenté comprenderla y, como siempre sucede hasta con seres más cercanos y menos desolados, me quedé parada al borde de su alma mirando un fondo lleno de sombras que no logró aclararme ni su extensa novela autobiográfica *Yo soy mi casa* publicada hace medio siglo. Como las matronas impúdicas de Marcel Schwob debió morir en un lupanar. Mexicana al fin, murió en su cama ☹

